

UNA SERIE DE LECCIONES EN VIDEO

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

Ponente: Rev. Cornelis Harinck

LECCIÓN 11: ARTÍCULO 10 – EL PERDÓN DE LOS PECADOS



Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, excepto en citas breves para propósitos de reseña, comentario o investigación académica, sin el permiso escrito del editor, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960 TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Cornelis Harinck es pastor emérito de las *Gereformeerde Gemeenten* (Congregaciones Reformadas) en los Países Bajos.

www.gergeminfo.nl

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

13 LECCIONES

por el Rev. Cornelis Harinck

1. Introducción
2. Artículo 1 — Dios el Padre y la creación
3. Artículo 2 — El Señor Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios
4. Artículo 3 — La concepción y el nacimiento virginal del Salvador
5. Artículo 4 — El sufrimiento de Cristo
6. Artículo 5 — La resurrección de Cristo
7. Artículo 6 — La exaltación de Cristo
8. Artículo 7 — Cristo como el juez de los vivos y de los muertos
9. Artículo 8 — Dios el Espíritu Santo
10. Artículo 9 — La iglesia universal de Cristo
- 11. Artículo 10 — El perdón de los pecados**
12. Artículo 11 — La resurrección del cuerpo
13. Artículo 12 — La vida eterna

11 LECCIÓN

ARTÍCULO 10: EL PERDÓN DE LOS PECADOS

El Credo de los Apóstoles ha unido a cristianos de diferentes épocas, lugares y tradiciones. Proclama verdades eternas para la vida de hoy. Escrito aproximadamente 300 años después del nacimiento de Cristo, el Credo de los Apóstoles resume las creencias cristianas fundamentales. Ha sido utilizado como una declaración de fe y en la adoración por muchas denominaciones. El hecho de que tantos en la iglesia primitiva murieran por su fe significa que estaban involucrados en algo más grande que ellos mismos. ¿Cuáles eran esas verdades? ¿Cómo usaron los pastores y teólogos de la iglesia primitiva el Credo de los Apóstoles como guía esencial para los principios básicos de la vida cristiana? El reverendo Cornelis Harinck presenta ese credo. Nos muestra las verdades incrustadas en el Credo de los Apóstoles que solemos dar por sentadas, cuando en realidad deberían ganarse nuestra lealtad hasta la muerte.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 11:

En el décimo artículo del Credo de los Apóstoles, el cristiano confiesa: «creo en el perdón de los pecados». Aunque breve, es un artículo de contenido extraordinario. Mucho se dice en pocas palabras. Parece como si esta confesión hubiese sido tomada directamente del salmo 130. En este salmo se pregunta: «JAH, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse?» (Salmo 130:3). La respuesta es: ninguno. Porque «por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23). «No hay justo, ni aun uno» (Romanos 3:10). Todo el mundo queda culpable delante de Dios. Sin embargo, después hay una confesión de fe: «Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado» (Salmo 130:4). ¡Qué confesión tan bendita es esta! Aquí se hace una afirmación acerca de Dios que es de vital importancia para cada uno de nosotros, a saber, que hay perdón en Dios. ¡Dios perdona! Él perdona el pecado y la iniquidad. El salmo 130 declara: «En ti hay perdón». El salmo habla del perdón como algo tan consistente con el carácter de Dios como la luz lo es con el sol. Dice: «el perdón está contigo» —le pertenece a Dios.

El perdón es un componente fundamental del ser de Dios. El perdón procede de su naturaleza llena de gracia. El Señor proclamó a oídos de Moisés: «Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado» (Éxodo 34:6–7). La bondad y la gracia infinitas son la fuente de la que mana el perdón. «Porque Tú, Señor, eres

bueno y perdonador» (Salmo 86:5). Si Dios no fuese infinitamente bueno, no habría perdón. La Escritura proclama que Dios es el Dios del perdón: «Pero tú eres Dios que perdona, clemente y misericordioso, tardo para la ira, y grande en misericordia, porque no los abandonaste» (Nehemías 9:17). El Salmo 103 dice, acerca de Dios: «Él es quien perdona todas tus iniquidades» (v. 3). E Isaías testifica de Dios: «...será amplio en perdonar» (Isaías 55:7).

El perdón es designado como la gran promesa del Nuevo Pacto: «...porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado» (Jeremías 31:34). El Nuevo Testamento declara que Juan el Bautista nació «para dar conocimiento de salvación a su pueblo, para perdón de sus pecados» (Lucas 1:77). Jesús perdonó a las personas sus pecados. Se le confirió la autoridad para perdonar pecados. Él perdonó los pecados del paralítico, y dijo a los escribas y fariseos: «Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados» (Lucas 5:24).

Él envió a sus discípulos al mundo a proclamar el perdón de Dios: «...que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones» (Lucas 24:47). El perdón de los pecados fue el contenido principal de la proclamación del evangelio. Pedro declaró acerca de Jesús, en casa de Cornelio: «De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en Él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre» (Hechos 10:43). El perdón es una gracia adquirida por Jesús. Efesios 1:7 dice: «En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados, según las riquezas de su gracia» (Efesios 1:7).

El perdón presupone la presencia del mal. Hay un mal que necesita ser perdonado, a saber, el pecado. Si permanece sin perdón, tendremos que sufrir por él eternamente. Así de horrible es el mal del pecado. Pero alabado sea Dios, hay perdón en Dios. Jesús dijo a la pecadora penitente: «Tus pecados te son perdonados» (Lucas 7:48). Jesús nos enseñó a orar: «Y perdónanos nuestras deudas» (Mateo 6:12). El perdón está, por tanto, asociado con el pecado y la culpa.

La gente piensa a la ligera acerca del pecado. No ve el pecado como una transgresión del santo mandamiento de Dios. Ve el pecado más bien como un error, una debilidad, una decisión equivocada, el resultado de ciertas circunstancias, o como algo causado por otras personas. En el mejor de los casos, todavía podemos verlo como un mal que infligimos a otras personas, pero no como un mal cometido contra Dios. La noción de pecado ha sido anulada. No alcanzamos a ver cuán grande mal es el pecado a los ojos de un Dios santo y justo.

¿Qué es el pecado según la Biblia? La Escritura usa diferentes palabras para el pecado y para la comisión del pecado. La palabra más comúnmente usada para pecar significa «quedarse corto», y se refiere primariamente a quedarse corto de la meta que se debía alcanzar. Expresa, pues, fracaso y falla. Según la Biblia, el hombre queda corto del propósito para el que fue creado cuando peca, esto es, cuando no ama a Dios sobre todas las cosas, ni a su prójimo como a sí mismo. Falla en alcanzar su objetivo, se aparta del camino de la vida y morirá. Por ello se queda corto de bendición, y en su lugar será maldito. Dios dice: «los que me aborrecen aman la muerte» (Proverbios 8:36).

El pecado fue introducido en el mundo por Adán y Eva, y en ellos todos pecamos. Porque todos estábamos en los lomos de Adán, y él era nuestra cabeza federal. Su pecado es, por tanto, el pecado de toda la humanidad. El apóstol enseña: «Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores...» (Romanos 5:19). Fuimos creados para hallar nuestra dicha en Dios, es decir, para honrar y amar a Dios tal como Él es. Habiendo escuchado al diablo, y deseando ser como Dios, hemos quedado cortos de nuestro propósito y

destino. El hombre caído ya no cumple el propósito para el cual Dios lo creó. El apóstol concluye su triste exposición de la pecaminosidad del hombre caído diciendo: «Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Romanos 3:23).

Otra palabra que la Biblia usa para pecado y para la comisión del pecado significa «desviarse del camino recto». Es una descripción de algo torcido y malo, y de traspasar el límite. Cuando uno hace algo que no está bien, peca. Juan escribe: «Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley» (1 Juan 3:4). La Biblia ve el pecado como una violación de la ley de Dios. Es traspasar una línea que Dios ha trazado en su ley en forma de mandamientos y prohibiciones. Los Diez Mandamientos trazan claramente esa línea y establecen límites. Cuando cruzamos esa línea, estamos pecando. El resultado es la muerte. Cualquier acto que se desvíe del camino prescrito divinamente conduce a la perdición: «Porque la paga del pecado es muerte» (Romanos 6:23).

El pecado, en la Biblia, no es meramente una transgresión tangible y actual de la ley de Dios. El pecado procede de una inclinación torcida, de la disposición caída y malvada del hombre. Jesús enseñó: «Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre» (Marcos 7:21–23).

Finalmente, la Biblia designa el pecado como una rebelión, una sublevación contra Dios y su ley. Es la exclamación de lo que leemos en Lucas 19:14: «No queremos que éste reine sobre nosotros» (Lucas 19:14). El pecado es una desobediencia rebelde. Es rebelión contra Dios, como Rey de reyes. Se habla del pecado de esta manera en el salmo 2:2-3: «Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas».

El pecado es, en última instancia, un descarriarse. Es creer la mentira que el diablo impuso sobre Adán y Eva, a saber, que uno puede hallar la felicidad aparte de Dios. El diablo propuso a Adán y Eva que nada los haría más felices que ser su propio dios, y determinar lo que es bueno y lo que es malo. Dijo: «Sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal» (Génesis 3:5). ¡Qué mentira! Adán y Eva creyeron esta mentira, y así, se apartaron de Dios, del buen Pastor y de su seguro redil. Y nosotros seguimos creyendo esta mentira. Por tanto, el pecado es descrito así en Isaías 53: «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino» (v. 6). Estas referencias bíblicas dejan claro cuál es la naturaleza malvada del pecado. Es oposición a la voluntad de Dios, rebelión contra su señorío, menosprecio de su bondad, desprecio de su amor y traición a su fidelidad. El pecado es querer ser como Dios. El pecado es orgullo arrogante. En lugar de honrar a Dios, es honrarse a sí mismo. El pecado ha sido correctamente resumido como un mal que se opone a Dios y a todo lo que pertenece a Dios.

Dios, por tanto, aborrece el pecado, porque el pecado está en conflicto con su santa naturaleza. Nada hay tan contrario a Dios como el pecado. Él ni puede ni quiere hacer otra cosa que castigar el pecado. Dios se contradeciría a sí mismo si fuese indiferente ante el pecado. El pecado tiene consecuencias, pues provoca la ira de Dios y nos hace merecedores del juicio de condenación.

El pecado también nos contamina. Es una infección que ha afectado toda nuestra naturaleza. El pecado ha entenebrecido nuestra mente, ha hecho que nuestra voluntad aborrezca

el bien, y ha manchado nuestras pasiones. El pecado es el mayor de los males—aún peor que la muerte y el infierno. Si no existiera el pecado, no habría ni muerte ni infierno. El pecado provoca la ira de Dios: «Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres» (Romanos 1:18). Conduce a las preguntas: ¿cómo puede Dios perdonar jamás un mal así? ¿Cómo pueden ser perdonados mis pecados?

Cuando la gente yerra o falla, comúnmente dirá: «Al fin y al cabo, solo soy un pecador». La gente confiesa de buena gana que son pecadores. Admitirán que no son perfectos y que no todo está como debería en su vida. Sin embargo, a la gente no le preocupa mucho eso. Después de todo, hay perdón en Dios. La mayoría da por sentado que Dios perdona los pecados. ¿No es Dios para ese mismo fin? Otros son de mentalidad más seria. Consideran que la penitencia, la confesión de culpa, el arrepentimiento, y especialmente la fe en Jesucristo son esenciales para obtener el perdón de Dios. Son pocos, sin embargo, los que creen en la necesidad de sangre — de la reconciliación mediante la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios.

La pregunta es: ¿cómo puede un Dios santo perdonar el pecado? El perdón del pecado parece contradecir la santidad y la justicia de Dios. Dios se revela a sí mismo en la Biblia como un Dios santo. Él no puede tolerar el mal en su presencia: «Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio» (Habacuc 1:13). La Escritura enseña enfáticamente que Dios no puede dejar el pecado sin castigo. Cuando el Señor proclamó su nombre y su naturaleza a Moisés, dijo: «Jehová! ¡Jehová! ... que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación» (Éxodo 34:6–7). ¿Cómo, entonces, puede Dios perdonar nuestras transgresiones de sus mandamientos, para no acordarse jamás de nuestros pecados? ¿Cómo puede proclamar, como leemos en Isaías 43:25: «Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados» (Isaías 43:25)? ¿Cómo puede Dios mantener su santidad y justicia, y perdonar al pecador?

Aquí el amor y la sabiduría de Dios han hallado un camino para castigar el pecado y salvar al pecador. Es el adorable camino de la muerte vicaria y la sustitución de Jesucristo, prefigurado en el ministerio sacrificial del Antiguo Testamento, y predicado en el evangelio del Nuevo Testamento. Se han cumplido las palabras de Abraham a Isaac: «Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío» (Génesis 22:8). Dios ha provisto un cordero para el sacrificio. Designó a su Hijo para ser Fiador y Mediador de pecadores. Castigó el pecado de su iglesia elegida en Jesús, el Fiador y Salvador, para poder perdonar a los pecadores. «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado; para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él» (2 Corintios 5:21). El perdón de Dios está fundado en la satisfacción de Cristo. El sufrimiento y la muerte vicarios de Jesús en lugar de los pecadores es el fundamento del perdón de Dios.

Por tanto, el apóstol dice de Jesús: «A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que Él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús» (Romanos 3:25–26). En Cristo, Dios ejecuta juicio sobre el pecado y absuelve al creyente. En Cristo, Dios puede perdonar sin contradecir su santidad y su justicia. La gracia ha prevalecido; sin embargo, no a costa de la justicia, sino sobre la base de la justicia.

En Romanos 5:21, el apóstol muestra que la justicia y la gracia convergen mutuamente en Cristo. Dice: «Para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro». Esta es la adorable senda de

redención que Dios nos revela en Jesucristo en el evangelio. Es una senda de redención que da testimonio de un amor indescriptible. «El que no escatimó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros» (Romanos 8:32). Es la revelación de la adorable sabiduría de Dios. «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!» (Romanos 11:33). Su sabiduría ha encontrado este camino de salvación.

Estas son las cosas en las cuales los ángeles anhelaban mirar (1 Pedro 1:12). Se le llama el misterio del evangelio, del cual habla Pablo, diciendo: «A fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con desnudo el misterio del evangelio» (Efesios 6:19). La palabra griega para misterio, «μυστήριον» (mystērion), se refiere a un secreto que es revelado. El Nuevo Testamento usa esta palabra para varias cosas, como el misterio del fin de los siglos, la resurrección de los muertos y el futuro del pueblo de Israel. Sin embargo, con mayor frecuencia, esta palabra se usa para la predicación del evangelio. La predicación del evangelio es la revelación y proclamación del plan de redención de Dios. Es la revelación de un misterio.

El problema del pecado ha sido resuelto en el Dios-hombre Jesucristo. Hay perdón en Dios. El pecado ha sido juzgado en Cristo, y la justicia de Dios ha sido satisfecha. La gran obra redentora está consumada. El pecado ha sido quitado, y la justicia eterna ha sido introducida. Ahora hay perdón de pecados para todo aquel que cree en el Cristo crucificado. ¡Qué sonido tan gozoso es la predicación del evangelio! Hay perdón en Dios para transgresores condenados a morir. La puerta de la misericordia de Dios está abierta todo el día. Todo el que viene buscando misericordia y perdón no será enviado de vuelta con las manos vacías.

Los apóstoles salieron al mundo con ese gozoso mensaje —un mensaje que trajo salvación a un mundo perdido en pecado y culpa. En el salmo 32:1, David dice: «Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado». El hombre cuyos pecados son perdonados es un hombre bendecido. Conocer el perdón de los pecados es la mayor de todas las bendiciones. Bienaventurado el hombre que puede decir: soy un pecador perdonado. Pero, ¿cómo llega uno a ser receptor de esa bendición? La Biblia vincula el perdón de los pecados con el conocimiento del pecado, con el arrepentimiento y con la fe en Jesucristo. Hay un camino que conduce al perdón. Es de suma importancia no perder de vista este camino.

Suponer simplemente que Jesús murió por nuestros pecados, sin importar el arrepentimiento, la fe en Jesucristo y la renovación de vida, es una ilusión y un engaño peligroso. Nuestras heridas espirituales no serán así verdaderamente sanadas. El perdón es, en la Biblia, inseparablemente vinculado al conocimiento del pecado, al arrepentimiento y a la fe en Jesucristo. El conocimiento de nuestros pecados y de nuestra existencia pecaminosa conduce a buscar el perdón de Dios. No puedes esperar que la gente ore por el perdón de pecados de los cuales es ignorante. En el Salmo 51, David dice: «Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí» (v. 3). Dios trajo a David a este reconocimiento. Dios tuvo que convencerlo de su horrenda maldad. David no se daba cuenta por sí mismo del gran mal que había cometido.

David se dio cuenta por primera vez del pecado de su adulterio con Betsabé y del asesinato de Urías cuando el profeta Natán se lo hizo ver. Antes de eso, cerraba sus ojos ante su pecado, y consideraba su conducta como normal. Después de todo, ¿acaso no hacían tales cosas todos los reyes? ¿Por qué, entonces, no podría él hacerlas? Sin embargo, cuando Natán vino a él y le dijo lo que Dios pensaba acerca del asesinato de Urías y del adulterio con Betsabé, confesó: «Pequé contra Jehová» (2 Samuel 12:13). El hombre llegará a conocer verdaderamente sus

pecados solo cuando se encuentre cara a cara con Dios. No percibiremos lo que es el pecado a los ojos de un Dios infinitamente santo y justo, hasta que Dios nos lo muestre.

Ya lo dijo Moisés: «Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro» (Salmo 90:8). Lo primero que necesitamos es que Dios ilumine nuestros corazones, y nos muestre que somos transgresores de sus santos mandamientos, y que por nuestros pecados hemos provocado a ira a Dios. Debemos ser confrontados con nuestros pecados. Mientras una persona no vea sus pecados, no buscará perdón. El conocimiento de la enfermedad es el primer paso para empezar a sanar. Aunque Dios determinará la profundidad de ese conocimiento, la medida del conocimiento de nuestro pecado y de nuestra existencia pecaminosa debe ser tal que nos obligue a buscar el perdón de Dios.

La Biblia también vincula el perdón de los pecados al arrepentimiento. Aunque Jesús comisionó a sus discípulos a proclamar el perdón de Dios a todas las personas, no debían hacerlo sin llamarlas al arrepentimiento. Les mandó «que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados» (Lucas 24:47). La palabra griega aquí traducida como arrepentimiento es «μετάνοια (metanoia)». Tiene el sentido de una manera diferente de pensar acerca de Dios y de ti mismo, y de un retorno a Dios con dolor por el pecado. Jesús vinculó el perdón de los pecados a este arrepentimiento. El arrepentimiento hace dulce el perdón.

Cuando David procuró cubrir sus pecados y no confesarlos delante de Dios, su conciencia lo acusaba, y una sensación del desagrado de Dios lo consumía. ¡Cómo cambió todo cuando confesó su pecado ante Dios! Él dice acerca de ello: «Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado. Selah» (Salmo 32:5). Su confesión de culpa y de pecado condujo al perdón. Toda la Escritura resalta este vínculo entre arrepentimiento y perdón. El apóstol Juan escribe: «Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9). Una convicción del mal de nuestros pecados, acompañada de un dolor de corazón, es el camino que conduce al perdón de los pecados.

Además, el perdón de los pecados está vinculado a la fe en Jesucristo. Cuando Pablo se dirigió a judíos en la sinagoga, quienes creían que podían ser justos ante Dios guardando la ley, les dijo: «Sabed, pues, esto, varones hermanos: que por medio de Él se os anuncia perdón de pecados; y que [...] en Él es justificado todo aquel que cree» (Hechos 13:38–39). La gran bendición de tener nuestros pecados perdonados no se obtiene por buenas obras, actos de penitencia, lágrimas de arrepentimiento ni oraciones fervientes, sino, más bien, por simplemente creer en Cristo. Llegamos a ser justos ante los ojos de Dios al depositarnos sobre la sangre y la justicia de Jesús. No somos justificados ante Dios por las obras de la ley, sino solo por medio de la fe en Jesucristo.

El evangelio proclama el perdón de los pecados a todos los que creen en el Cristo crucificado. El perdón de los pecados está, por lo tanto, íntimamente conectado con la muerte expiatoria de Jesús. Romanos 3 dice que somos «justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús» (v. 24). Jesús declaró de sí mismo: «Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos» (Marcos 10:45). Vino a pagar un rescate y a redimir a esclavos del pecado y de Satanás. Isaías dice del Mesías Jesús: «Mas Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados» (Isaías 53:5). Juan el Bautista identificó a Jesús como «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan

1:29). El apóstol Juan dice de Jesús: «Y sabéis que Él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en Él» (1 Juan 3:5).

Los apóstoles han proclamado con denuedo que no hay perdón de pecados sin la fe en Jesucristo. La fe en el perdón de los pecados descansa en la promesa de que todo el que cree en Jesús crucificado recibirá el perdón de los pecados. Pedro dijo a los que se habían reunido en casa de Cornelio: «De éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en Él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre» (Hechos 10:43). Obtenemos el perdón de nuestros pecados, no por medio de obrar o de merecer, sino creyendo en la pasión y muerte expiatoria de Jesús.

Desafortunadamente, esta enseñanza bíblica liberadora es a menudo mal usada. Muchos dirán: «Solo tienes que creer que eres un pecador; que Jesús es el Salvador, y que, por lo tanto, tus pecados son perdonados». Sin embargo, tal fe intelectual no ministra el verdadero perdón de pecados y la paz con Dios a nuestros corazones. La fe verdadera y bíblica es el punto focal aquí. Tal fe está vinculada al conocimiento del pecado, al arrepentimiento y a descansar en la obra consumada de Jesús. La fe que ministra el perdón de pecados y la paz con Dios a nuestros corazones es una fe penitente.

La fe y el arrepentimiento son como gemelos siameses. Cuando los separas, ambos mueren. Solo puedes mirar a la cruz del Calvario, y a Jesús crucificado por el pecado, como un pecador culpable y contrito. Contemplar a Jesús sufriendo y muriendo por nuestros pecados trae paz al corazón contrito. Por ello se le llama la «mirada de vida». Aquí, solo una mirada es suficiente. Para nuestro consuelo, puede decirse que nuestra salvación no depende de la fuerza de nuestra fe, sino del Cristo que del que nos apropiamos por la fe. La mujer con flujo de sangre fue sanada solo con tocar el manto de Jesús.

Finalmente, el perdón de los pecados va acompañado del abandono del pecado. Jesús vino para salvar a su pueblo *de* sus pecados, pero no *en* sus pecados. Él no nos deja en el pecado, sino que nos libera del poder del pecado. Nada es tan capaz de quebrantar el poder del pecado, y de alimentar el amor a los mandamientos de Dios, como el conocimiento del amor de Cristo, quien se sacrificó a sí mismo para la remisión de nuestros pecados. El caminar cristiano de una vida renovada es la mejor evidencia de que nuestros pecados han sido perdonados.

¡Qué bendita confesión: «Creo en el perdón de los pecados»! Cuando Martín Lutero estaba profundamente turbado por la santidad de Dios y la vista de sus pecados, el abad Von Staupitz le preguntó si había recitado el Credo de los Apóstoles esa mañana. Naturalmente lo había hecho, pues formaba parte del ritual del monasterio. Entonces Von Staupitz preguntó al desesperado Lutero: «¿Acaso no has confesado: “Creo en el perdón de los pecados”?»

Gracias por escuchar esta lección. Esperamos que haya sido de bendición para ti. Acompáñanos en nuestra próxima lección, donde trataremos el décimo primer artículo del Credo, en el cual confesamos: «la resurrección de la carne».